

Recreo Política de la memoria y estética de la atención

Claudio Martyniuk¹

CONTABILIDAD, EL RUMOR DEL HISTORICISMO

*Mi relación con los ríos
se interpone entre tú y yo,
sólo tengo un pensamiento:
dilatado ese país absurdo*
Thomas Bernhard

La cultura dirigida al pasado, lejos de un culto, devino rutina obvia, recorrido y ya nostalgia. El dedo acusa. Fácil y cómodo lo hace. Sin escándalo, sin involucramiento colectivo, sin responsabilidad compartida. Apartada y desvinculada, fragmentada y deshecha, semejante al hurgar desechos, al acostumbramiento a una supervivencia a partir de materias descartadas, ideología de diario caduco que gana la supervivencia al envolver la fugacidad del presente, que vale por su proximidad a la pasta de papel. Esta memoria, cultura cartonera, mishiadura, ideología práctica y material, funcional, sistémica y estructural, sagrada como familia, consagrada como comida, celebrada como espectáculo, peregrinada como virgen, adorada como dogma, mistificada, momificada, fantasmal. Desvela y no devela, mantiene la mirada, fascina, inclina, disuelve, agota y persuade del agotamiento, cansa y resigna al cansancio. Bandera utópica de remiendos y burocracia, becas y subsidios, bandera de confección semántica vaga y vacía, pero que en vez de despertar nihilismos forja cruzados. El cuerpo de la impotencia, átomos de crueldad, tortura putrefacta perfumada. Y aquella utopía, ese pasado también memorizado en la persistencia de la insensibilidad y la desatención. Ese relato de lo verdadero y lo falso, de la bivalencia o la unicausalidad, ese demonio, esta pegajosa y persistente indiferencia y desatención.

La temprana atención por el pasado reciente fue correlativa a la lucidez acerca de su influencia futura. El estreno de una tradición fue integrado a un campo adversativo. Unitarios y federales, ilustrados y románticos, norteamericanistas y europeístas, liberales y revisionistas, fueron algunos de los pares organizadores de prismas del ayer justificatorios de políticas del presente. Monumentos, mitologías, manuales y polarizaciones en la esfera pública han sido las derivaciones de esta inclinación historicista. La memoria de las víctimas de la dictadura militar tuvo una deriva que no ha escapado de este historicismo. Como prisma, el historicismo ha provocado una desatención de fenómenos y una descompensación de jerarquías temporales, y esta tensión entre relevancia e indiferencia acuñó el estilo de las políticas argentinas, grabó sus contenidos. Tratando de construir y mantener el pasado –presupuesto para una refundación que conquistaría el futuro– el presente ha quedado siempre bajo la práctica de una deconstrucción salvaje, un movimiento en falso, una detención que poco se esconde en las fuerzas desconectadas que pulsa.

En el Estado policial, bajo la imposición de humillación, miseria y tormentos, la política de la memoria oficia como máscara. Impostura que, más que defensa de las bases expresivas de una época, integra una estructura que empobrece y a la vez mantiene la influencia de la constelación de significados abismales de la desaparición. En la retención de la sensibilidad que hundió en la

¹ Profesor Titular de la materia Epistemología de las Ciencias Sociales en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, y Profesor Adjunto de Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho, ambas de la Universidad de Buenos Aires.

catástrofe se advierte un hilo que recorre un largo proceso que aún se proyecta sobre el porvenir. Collage de indiferencia y arrogancia, retórica y superficialidad, política cómoda, estética cosmética, un cono de sombras que reduce la declamación de derechos humanos al juzgamiento de los crímenes del terrorismo de Estado –ámbito en el cual no se articuló una estrategia legal y judicial coherente; abandona la situación carcelaria, mantiene la represión policial y manipula la pobreza. Mientras la burocracia coloniza el campo de los derechos humanos, el encierro y la marginación se extienden y apoderan de las personas menores de edad y los enfermos mentales. Es el higienismo de la desidia, del paco y los barrotos, la violencia y el discurso inmunizador que denuncia –cuando reclama participación– en los negocios del constructivismo periodístico.

Falsa conciencia ilustrada que predica excepciones procesales y comodidad vindicativa. Populismo neopunitivista comprensible en unos, nunca justificado, manipulado como vía de una reparación imposible del pasado. El presente es adherencia e indignación fluo. El revisionismo productorial argentino, tal vez como primer paso de una estrategia negacionista, pretende que en sede judicial se equiparen los crímenes institucionales con los cometidos por las organizaciones guerrilleras, especialmente durante la década de 1970. Los sobrevivientes y allegados, la militancia y la burocracia gubernamental, la academia y la galería, formulan juicios acerca de las violencias del pasado. Unas líneas apenas en los medios de comunicación. Cazando demonios, mientras pocos muestran el escándalo de aquellas y todas las muertes impuestas, de aquellas y todas las formas de uso instrumental de las personas.

INSTRUCCIÓN CÍVICA. LA DESAPARICIÓN EN EL BICENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN MAYO

Sin la bonanza de hace un siglo y con una persistente desigualdad, la Argentina celebra los doscientos años de la revolución del 25 de mayo de 1810. El primer centenario promovió y estableció narrativas constitutivas del imaginario nacional sobre costumbres y logros, recursos y talentos, potencias, promesas y riquezas. Esos relatos ejercieron un gran influjo cultural, demostrando una considerable capacidad preformativa en el establecimiento de una identidad nacional. Más dispersos y fragmentarios aparecen los relatos del segundo centenario, y en ellos la desaparición de personas ocupa un lugar central.

En diciembre de 2008 se cumplieron veinticinco años de democracia formal en la Argentina y también de las decisiones de revisar el pasado a través de una comisión administrativa (CONADEP) y de enjuiciar a los responsables de las miles de desapariciones de personas (Juicio a las Juntas Militares). Lo realizado desde entonces forma parte de una secuencia desarticulada, con interrupciones y avances muchas veces no previstos por la estrategia jurídico-política. A pesar de los resultados alcanzados, la envergadura de los delitos, las lagunas de conocimiento, así como la ausencia de reflexiones públicas extendidas, referidas a cómo evaluar en las dimensiones política, moral y judicial las diversas responsabilidades por las acciones y omisiones de funcionarios y personalidades y de ciudadanos ordinarios durante los años de la dictadura, hacen prever que por muchos años más proseguirán los juicios y se extenderá la evaluación de las conductas de civiles y militares que participaron de la dictadura, como, por ejemplo, los entonces cadetes y jóvenes suboficiales y oficiales que estudiaban y realizaban actividades en ámbitos como la Escuela de Mecánica de la Armada, vale decir, en un campo de desaparición, y que en la actualidad siguen revistiendo en organismos militares o de seguridad.

De cómo se practique la memoria y se juzgue, de cómo se represente y narre, de las formas que adquieran las distancias e identificaciones dependerán la experiencia y el aprendizaje colectivo de esa modalidad extrema de aniquilación que es la desaparición. La conciencia y la sensibilidad están en juego. Se enjuició y condenó a los miembros de la Junta Militar en 1985; también, y en general por impulso de organismos de derechos humanos, diversos fiscales y juzgados comenzaron a investigar la responsabilidad de otros militares por gravísimas violaciones a los derechos

humanos. Las protestas y presiones de las fuerzas armadas por el aparente desborde de la estrategia legal inicial del gobierno del presidente Raúl Alfonsín derivaron en la sanción de las leyes de Punto Final, en 1986, y Obediencia Debida, en 1987 y, después, en el dictado de los indultos a represores y miembros de la Junta que recibieron condena, de parte del presidente Carlos Menem, entre 1989 y 1990, y esto pareció clausurar definitivamente el trabajo de la Justicia. Sin embargo, se logró mantener viva la acción judicial centrándola en la búsqueda de la verdad (con los Juicios de la Verdad, en 1998). Mientras tanto, se cuestionó en sede judicial, y también en el ámbito del poder legislativo, la constitucionalidad de las leyes que impedían la prosecución de los juicios. También la justicia tramitó la impugnación a la legitimidad de los indultos dictados por Carlos Menem. Luego, entonces, de una gestión política que se orientó a juzgar a la máxima cúpula militar por las violaciones a los derechos humanos, tratando de cerrar las puertas de la Justicia a procesos que involucren a otros represores; y de indultos destinados tanto a perdonar penas como a “cerrar heridas” y alcanzar una “reconciliación nacional” –esta medida se complementó con indemnizaciones económicas a familiares y víctimas de la represión ilegal–; y mientras no cesó la protesta de los organismos de derechos humanos y la búsqueda, a través de la justicia y el Poder Legislativo, de mantener abiertos los procesos judiciales, persiguiendo el esclarecimiento de los hechos y también la sanción de los responsables, se abrió una nueva etapa en la cual se declararon nulas las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final, en el año 2003, y también la Corte Suprema de Justicia dispuso la invalidez de esas normas (caso “Simón”, en el 2005) y la inconstitucionalidad de los indultos dispuestos por Menem (caso “Riveros”, en el 2007). De este modo, prosiguen 289 causas por violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura, con 556 personas procesadas (al 18 de agosto de 2009). Se dictó, en el juicio seguido contra Miguel Etchecolatz, en el año 2006, la primera sentencia de un tribunal argentino que califica a las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura militar de 1976 a 1983 como genocidio; se condenó a un sacerdote que colaboró en la represión dictatorial –Christian von Wernich– y, en otro orden, se espera, tras la desocupación militar de todo el predio de la Armada donde funcionó la ESMA, la apertura al público del campo de desaparecidos. La revisión del pasado dictatorial sigue siendo, entonces, ineludible para la justicia, el Estado y la sociedad civil de la Argentina.

De este cuadro sólo se han trazado aproximaciones fragmentarias, algunas limitadas a análisis jurisprudenciales acotados y otras de corte ensayístico. No existe una reconstrucción global de la acción institucional llevada adelante en materia de revisión, juzgamiento, reparación y memoria de los crímenes de la dictadura desde el restablecimiento de la democracia en la Argentina hasta el presente y de las posiciones y reacciones dominantes en el campo social.

La jurisprudencia argentina referida a la desaparición forzada de personas ocurridas durante la dictadura militar, la estrategia jurídica, política y administrativa del Estado –si existiera un programa institucional articulado– en materia de revisión, difusión y consideración de la participación de civiles y militares en la dictadura, en especial para acceder a cargos públicos o ascender en grados y responsabilidades, y los modos oficiales de abordar ese pasado traumático, considerando los contenidos educativos básicos en los distintos niveles de escolaridad y la concepción de los espacios y museos destinados a la memoria, sumados al distanciamiento temporal que ha permitido conformar una narración con rasgos definidos –así, por ejemplo, en las disputas semánticas se ha rezeptado el carácter imprescriptible e imperdonable de los crímenes, los cuales se han calificado de lesa humanidad y de genocidio– han tenido escasa incidencia en las prácticas sociales. En el tejido de la sensibilidad, en la expresión de las emociones, son muy parciales y superfluas las proyecciones de la problemática abierta por la desaparición de personas. Todavía no se han examinado colectiva y públicamente las formas socio-políticas de responsabilidad y de hacerse cargo de los sucesos del pasado, más allá de la culpa criminal, especialmente en lo referido a la culpa colectiva y –conforme la distinción de Karl Jaspers– a las formas de culpabilidad política (porque cada persona es responsable de cómo sea gobernada), moral (la conciencia, los allegados y amigos son instancias de evaluación de las órdenes, del orden impuesto y por tanto de decisión

acerca de si obedecer o no) y metafísica (cómo seguir después de que sucedieran crímenes imborrables, cómo vivir si no se hizo lo posible para impedirlos).

El tiempo y el espacio siguen siendo las dimensiones principales de este análisis faltante. Los lazos intergeneracionales y familiares se demostraron básicos: las madres fueron las primeras – y durante mucho tiempo las únicas– en reaccionar ante las desapariciones durante la dictadura; los hijos fueron los promotores de una forma de justicia social: el “escrache” –la denuncia de las actividades realizadas por un represor en las inmediaciones de su lugar de vivienda–, que ha sido la única reacción registrada durante la democracia y, en particular, cuando la vía judicial parecía clausurada a través de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y de los indultos. Las organizaciones de derechos humanos no se limitaron sólo a los familiares –ni en el caso de Madres de Plaza de Mayo ni tampoco en el de H.I.J.O.S. –, pero ese lazo, que representa la mayor cercanía y la continuidad temporal ha sido indispensable para mantener con vida la pretensión de justicia.

Muchos hijos de desaparecidos también fueron objeto de apropiación ilegal, se les hizo desaparecer su identidad y se les impuso otra. Esta práctica genocida origina búsquedas y, en algunos casos reacciones perturbadoras y problemas irresueltos. Jóvenes de más de veinte años que se niegan a realizar un análisis genético para que se determine su origen, ¿deben ser compulsivamente llevados a ese estudio? El torbellino de lazos impuestos y recuperaciones, de narrativas fraguadas y de verdades por conquistar tiene aristas judiciales, políticas y, sobre todo, personales, en las cuales el dolor ocupa un lugar central.

Las emociones y pasiones influyen en la imposición de normas jurídicas y en la adopción de respuestas políticas y morales; junto a las creencias y las justificaciones, intervienen en el modo contingente de diferenciar normalidad y excepcionalidad. La crueldad y algunas de sus formas violentas más extremas –la desaparición, la tortura, la sustracción de identidad– deben seguir siendo, entonces, objeto de indagación, vinculándolo al modo dogmático de operar que domina en las prácticas biopolíticas, las cuales consagran aniquilaciones, extirpaciones y segregaciones; en ellas opera un discurso que recurre a la excepcionalidad.

Fuera del espacio de los allegados, la distancia con la práctica de desapariciones ha dado lugar a un doble movimiento. Uno ha llevado a generalizar el repudio a la represión de la dictadura, permitiendo la actual actividad judicial. Otro ha desconectado responsabilidades y sucesos históricos y contemporáneos, lo cual significa que se mantiene presente un pasado que se encapsula y cristaliza, que suele darse por sentado que se ha superado, sin proyectarlo en los debates sobre la seguridad pública, en el ejercicio de las facultades excepcionales del Poder Ejecutivo y en el trato que se le destina a marginales y minorías, a detenidos encarcelados sin condena y bajo sesiones de tortura. La *idolatría* en la condena de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el pasado es acompañada, entonces, por una sucesión de violaciones a los derechos humanos en el presente. La prescindencia de la sociedad civil se mantiene, dejando a merced de la peor suerte a los chicos de la calle, a los sin techo, a los desamparados y humillados por las instituciones.

Los miles de habeas corpus presentados ante los jueces de los años de la dictadura por los familiares de los desaparecidos fueron, en general y sin mayor indagación, archivados. En esos años, los familiares de los desaparecidos no contaban con el apoyo de la sociedad civil. Entre ese silencio, que tuvo proyecciones en los intentos de amnistía de la dictadura y de punto final e indultos de la democracia, a la voz recobrada de los magistrados y el cultivo de la memoria histórica en este cuarto de siglo transcurrido, falta articular la reflexión acerca de los futuros posibles del pasado, una problemática en la cual se hallan incluidas la vitalidad, cristalización, abuso y reavivación de la memoria, el castigo, retribución, estigmatización y compensación de los crímenes, la imprescriptibilidad u olvido de lo ocurrido, su posible comprensión y explicación y los espacios y formas plurales de ejercitar la justificación, el reproche, el perdón, la crítica, la indiferencia, la representación y la búsqueda de justicia. Y la falta se muestra en la frialdad de la sensibilidad, en la indiferencia de acero salvaje que hunde las formas de impureza a los basurales y villas miseria, al deambular tras limosnas y al ritmo de la respiración impuesto por el paco. Acero elegante, purificado y limpio, brillante, que corta y mantiene, que fabrica y extiende el vacío, el frío de la

carencia, la negación de ternura, que impone tormentos. Ese resto cortado aúlla, esa impureza persiste, y su modo de persistencia es la aflicción. En el círculo del acero y el dolor no hay paz ni expiación. La distancia indignada del espectador, la reacción violenta de los participantes y la humillación de las instituciones marcan a fuego la sociedad del bicentenario.

FÍSICA. HIGIENE ¿ME APLAUDE DESPUÉS DE CANTAR?

El pasado crece. Y enmudecidos, autocomplacientes, se estrecha la conciencia. Nadie se aparta del camino, y es el mismo amanecer, y es el mismo atardecer. Apartados, expuestos al frío, solos en un horizonte de eterno otoño, abismados en las horas vacías. A veces un esbozo de carnaval siempre abortado, conquistando restos abandonados. Siempre criaturas provisionarias. No se trata de ejercitar la intensidad de la trasgresión, ni de perderse en ensoñaciones mientras se hallan abrumados por la incesante alternancia de rituales: droga, robo, ayuda, abandono, encierro, tortura. Así la forma de vida se fragmenta.

¿Qué hacer? Tal vez asumir la pasividad: no hacerse cargo de este mundo en el que desaparece la desaparición (re-desaparición). Desaparecen bajo la forma de chicos de la calle, seres que quedan en agujeros del espacio público. Todos podrían verlos, pero no son visibles más que cuando afectan. Son efímeramente experimentados, se experimenta, otra vez, la irrealidad. La experiencia alienada, entre el optimismo ingenuo y la desesperación, conforma una fantasmagoría, una fantástica visión mediante la cual son representados en un ánimo autocomplaciente. Arte fantasmagórico que carece de la profundidad de las personas, que las desprecia como portadoras de derechos y sólo las trata como seres obligados o atávicamente determinados. Ninguna imagen de ellos persiste, ninguna representación los mantiene presentes hasta darles la palabra, hasta interrogarlos por el qué hacer. Persiste la expulsión, reina el fracaso social de la imaginación. Se dice “necesitan amor”. Se practica la exclusión. No importa la verdad o no del mito de la necesidad del amor, algo que sólo una completa arqueología de lo humano podría esclarecer, pero imaginados en el desamparo, en este teatro de la crueldad se los desampara, se los anula día a día. Sólo quieren que desaparezcan, son tratados como moscas pegajosas; a veces son fuente de temor, a veces, sin culpa ni idea de responsabilidad, brota una lástima fugaz. Sólo quieren no percibirlos. Lejos, afuera, donde puedan ser olvidados, nunca más experimentados.

Pide un aplauso ridículo, una mísera moneda. Pide nada, obtiene menos que nada.

DERECHOS

“Lejos va el niño, corporalmente sano, pero moralmente rebelde”

Robert Louis Stevenson, *Juego de niños*

El sueño, la aventura, la acción, ¿acaso serían mejor sin iniciativa, sin voluntad, sin ímpetu vital? Tal vez serían como la carne petrificada que viaja en subte. Ya están nublados por el país natal; ya están anulados por la pereza que gobierna, y además tratan de expropiarles sus experiencias. Es cierto, robar, drogarse, y todo el restante fárrago de acontecimientos, ya no se convierten en experiencias. Es cierto, viven bajo una opresión cotidiana, sin una generación que le transmita experiencias, despojados de la autoridad de la palabra y del relato. Pero se los caza, desde fuera se los reduce a un “caso”, a un “tipo”, a una imagen. A larvas. Como si no fueran sujetos que alcanzan certezas sufriendo, como si el goce y la trasgresión no se vincularan. Debe imponérsele el bien, y a eso se lo llama educar; debe evidenciarse la moralidad, y a eso se lo llama remordimiento. Objetos de otros –los sujetos de la enunciación–, enmudecidos aún por quienes saben de la subjetividad como sujeto de lenguaje. ¿A qué se refiere ese “yo” mudo? A una opresión de las entrañas, a una normalidad policial, al destinatario de una filípica, a una figura de sordas oraciones.

Eso “yo” mudo, un haz de imputación de normas. ¿Pero a quién deberían exigir sus derechos? ¿Y por qué los exigirían siempre a un tercero? ¿Acaso deberían seguir la lógica de la protesta política, y manifestar, hacer piquetes y, en definitiva, pedir y pedir? Toman en sus manos el derecho a la subsistencia, como si no le concerniera a nadie más que a ellos. Quedan en un juego solitario, en un juego salvaje (después de todo, el derecho, por lo menos en la Argentina, se muestra como un juego salvaje). Salía un grito que buscaba justicia, que desconfiaba del derecho, de las manos de sus agentes, de la dureza de sus encierros, de los abusos que esconde la “prevención”, de la hostilidad que habita en los institutos. Salía de un contramundo.

Desde allí recordar no es el superficial volver a lo que había ocurrido, ya que desde allí, volviendo, la experiencia muestra su lugar. Desde el contramundo es posible asignarle un lugar a lo que se ha vivido. Olvidando, sin lugar para el humillado que canta grotescamente en el subte, con los sentidos dormidos; o formulando, alejando la autoridad de los hechos; siempre desatendiendo. Quizás, y como los años de dictadura, los años de esta infancia desaparecida se resistan a ser relatados; quizás baste con las palabras represión, frío, indiferencia colectiva, hambre, tortura, basura. Esa crepitación dura y constante en el desierto argentino, ese contramundo puede auxiliar al recuerdo, recuperando el tiempo borrado, remontando la desaparición persistente, despejando los sentidos embotados, quizás entonces los hijos de estos hijos no necesiten de un odio y un espanto como los suyos. Pero necesitamos de la rebeldía para salir del camino de la desaparición.

ATENCIÓN Y MEMORIA

El testimonio es una forma de atención. La cultura de la memoria apunta la atención, cultiva formas de sensibilidad que cristalizan el pasado en el presente, proyectando un prisma. En ese modo de atender, otros dolores, otros exterminios y sumisiones se producen; la distracción, la desatención los deja en la indiferencia. El cultivo de la atención como modo de detención, como forma de intensificación de la sensibilidad, es capaz de sumergir el fondo de la memoria, advertir el contorno de la representación y vivenciar la descripción, encarnando y practicando la amistad y la entrega. Un acento en la piel, en los pliegues de la sensibilidad, un paso que une ética y estética. Un tono, un acorde íntimo, una interpelación poética, una entrega radical para recuperar la apertura de la vida, la dación del mundo, la potencia de sentir plegada a la expresión y la acción. De aquí, políticas estéticas de la atención, rebasando las políticas éticas de la memoria. El arte, testimonio, entonces, de la atención. Atención a la sensibilidad, a la crueldad, a la indiferencia, a la inmunidad y el embotamiento, a la explotación, la humillación y el cansancio, a las luces y la noche, a las ciencias y todas las mercancías, a sus cromatismos y derivas, atención contingente, sin brújula, sin reloj.

La sociedad del espectáculo no sólo impone modos de ver sino también celdas y pasajes, aislamientos espaciales y deslizamientos temporales; modela la atención y su opuesto contradictorio apenas se esboza, borroneado, en negatividades residuales, poéticas, que pueden alcanzar, como logro mayor, una suspensión de los estados perceptivos predominantes. No hay razón para confiar en ingenierías de reconstrucción o edificación de la subjetividad, asociadas a procesos de promoción de la igualdad y la libertad. El control externo de la atención afecta la autonomía, muestra la imposición técnica e institucional. Pero persisten huellas de la potencia de sentir y crear, imaginar, saber e intervenir. Tal vez la indiferencia no admita sólo una explicación histórica. Sagrada y criminal, la indiferencia se presta a una tematización irreal. Atender, alcanzar el fin de lo percibido, captación perspicua que desenreda el embrujo, las tramas del cautiverio en la superficie aplanada. Las sensaciones hacia las que se orienta la atención parten de un fondo diferencial, que graba la plantilla de la indiferencia. Así la plenitud aparece como alcanzable y abordable sólo en el simulacro.

Atención, espacio en el que se conforman las condiciones de la subjetividad. Abstrayendo y enfocando, en el velamiento y despertar de la conciencia, en el automatismo y la voluntad, en la reorganización perceptiva y el modelamiento normativo y disciplinario. Organización, selección,

distinción que expresa fragmentación, atención excluyente, fijación en la que el yo persiste aun en su disolución. Entre la libertad ansiosa e impaciente de la subjetividad persuadida de su autonomía, los condicionamientos de la configuración perceptiva y las tecnologías de manipulación, modelamiento y sobre todo entretenimiento y distracción, los umbrales, configuraciones, hábitos y ejercicios de la atención se desenvuelven, bajo la represión reprimida, sobre la evocación y el cúmulo de recuerdos, en la contaminación de experiencias y la fabricación de gestos, como autómatas y engranajes, como espectadores y sujetos de conocimiento, con borrosa conciencia, sin plena transparencia interna y externa, sin uniformidad colectiva, aunque con invariancias, sin inmediatez, sin éxtasis permanente ni revelaciones trascendentes, sin alerta y vigilancia eficaz, sin el pleno control, la unidad de las experiencias transitorias expresa la tensión irresuelta entre el carácter integrador de la mente autoconciente y la capacidad constructiva de las relaciones de poder.

Efectos de fijación, ordenamiento, docilidad de la atención producen los medios electrónicos de comunicación, más no menores a los que ponen de manifiesto los dispositivos de consumo, publicidad y diseño. Atender el teléfono, atender un programa de televisión, granos de arena del desierto de la atención dañada. Un gato vigila su presa, atento, absorto en la atención, indefenso en esa entrega. La atención es un filtro depurador, excluyente, un poderoso agente de olvido, un olvido quizás necesario para la afirmación personal, inmovilidad que moviliza. La atención desborda la voluntad, edificada por los dispositivos de sentido, configurada por el lenguaje, su entramado se teje en las prácticas sociales. El anhelo de que el saber expanda la atención y la imposición de atención para obedecer: la batalla por la atención tiene campos políticos y estéticos, está atravesada de creencias y la normatividad presenta niveles que subyacen lo voluntario, como hábitos, automatismos, negaciones. En el arte, la atención que sea como la causada por el hambre en uno mismo, sentir el vacío y la necesidad de ingerir, y sólo atender a eso, o sentir la abstracción de uno, el escape de la trascendencia. La maquinaria de la atención se reconstruye de desmoronamiento en desmoronamiento. La indiferencia es distracción; la concentración que realiza la atención genera dispersión. En las sociedades modernas, la fragmentación es la forma de manifestación de los códigos sistémicos de atención. La concentración se escapa, y la música de las múltiples dimensiones del universo pierde sentido y se disipa desoída. Atención, campo de concentración, estado social, intersubjetividad atenta, movimiento de absorción y aislamiento, de múltiple disolución. Campo de concentración, caverna platónica. Abrir los ojos y ya no ver. Absorción y olvido, desaparición, y flujo que prosigue. La atención en el engranaje, la mirada en la caverna, y desde allí anclada, la depredación avanza. Ojos, carne, sentidos, todos son objetos, todo para la conquista, bajo un clima de tranquilidad. Es raro el estupor, excepcional la angustia. La vida sigue. Fragmentos, con ellos hacer algo, hilachas sucias, frágiles cimientos. En la corriente, bajo un ritmo, una regularización, un disciplinamiento, modulación, información. Microfísica de la normalización que irradia al movimiento y el reposo, el deseo y la percepción. En el aislamiento, la atomización que deja a los otros como "los demás", el espectáculo, el trabajo de la desaparición. Y lo desaparecido retorna, retorna lo real.

Es la atención de un teatro sin ensayo ni representación. No presenta nada a la vista, se descompone en la intimidad autopresente. Todo transcurre en la festividad de la desaparición, en el coro de la autoidentidad que proyecta el pasado, los sentimientos borrados. Es la superficie, la banda, el cuerpo inmovilizado y objetivizado en la presencia de la ausencia, en la violencia y el exterminio, como carente de intensidad en su repliegue. Atención, caja cerrada sobre sí que atiende el afuera que lo satisface. El ruido provoca inflexiones, giros que invierten y convierten; la violencia, el exterminio, la desaparición son tomados como lo otro, destruyendo en esa apariencia superficies, abandonando cuerpos al dolor, fusionando insensibilidad, indiferencia y desatención.

En el teatro interior, el mundo consiste en una masa informe de sensaciones. Pigmentos en interacción, extensos, acumulados, a veces dotados de aura, pero usualmente materia sin redención, inmediatez opaca. El contrapunto, el contraste es la discordancia entre diferenciación e indiferenciación, atención e inatención, y memoria y olvido es un subgénero de esa polaridad. El movimiento, caminar, pasear, transitar, observar, intervenir, pensar, ensoñar, recordar, despertar, en

una dinámica carente de autodeterminación de parte de las fuerzas interiores y de determinación externa, ya que la atención no es una marioneta manejada. Tenue, más que esquemática, aunque propensa a caer en estados cuasihipnóticos, el movimiento encarnado transcurre en campos predominantemente preracionales, aplastados por una cansada pasividad de la imaginación. Atención sonámbula de la masa distraída de hombres sin atributos, imitativa y magnética, expectante y obediente hasta la alucinación colectiva, pero este estado también es no duradero, expuesto a la corrosión y la fragmentación. La experiencia colectiva de las mismas representaciones, el teatro social.

Los relatos de la memoria se concentran en el pasado y brindan un modelo atrincherado del presente y el futuro. Esa pauta desatiende. La humanidad de los derechos humanos es el fruto de imposiciones políticas, manipulaciones de la memoria, estrategias judiciales y narrativas que se oficializan, cristalizan y musealizan, consagrando la desatención, dejando al sufrimiento en el campo del espectáculo, blindando la sensibilidad y despejando la indiferencia. La atención, interpelación poética, nudo estético y ético, piel que siente sin el fanatismo y la ceguera de la política del bien y el humanitarismo. Atención que rebasa criterios, un sentir que vea la no visión teórica, las exclusiones, asedios, catástrofes y bombardeos de la santa iglesia del humanismo de los derechos humanos y su congregación de la fe en la cultura de la memoria. Este es el mundo, abiertos a él.

La memoria no percibe en el pasado todo el presente, aunque lo esté. La atención, en la vastedad, expuesta a imanes, muda de piel, canta en los confines, se pierde en los laberintos, se disuelve en la inestabilidad, se salva en el ejercicio físico directo. El pasillo oscuro de la atención, el agua cristalina, la exuberancia y la decrepitud, la flor del cerezo, la atención. Vuelta al exceso, la atención se despeja del entretenimiento y el cansancio, recupera la fuerza de las palabras, se abre al descubrimiento, la entrega y la inspiración.

La memoria, discurso oficial, relato fosilizado. Indiferencia y humillación, inequidad, violencia microfísica y estatal que recorren los faros de la cultura de la memoria. Pobreza, memoria que arrastra desatención e indiferencia. Memoria, adicción unilateral que domestica, que acostumbra, que hace hábito el desastre. El horror, no ése que de desvelo mutó en lo opuesto, sino el que queda nebuloso o, peor, amparado en una representación del pasado empleada para legitimarlo. Memoria social, representación independiente, consumo de la capacidad de sugestión. Ni la memoria, ni mucho menos la atención, mantienen una conexión necesaria con la observación óptica. Pero la memoria puede contribuir a la regresión del salvajismo social nominado como civilización. El teatro, el espectáculo de la imposición de experiencias uniformizadas, más que la esfera kantiana de uso público de la razón, provoca efectos de subjetivación, suma ceros, pastorea manadas. La atención y la experiencia estética de la política, los modos de conexión de la vida en la comunidad, la ausencia de uniformidad pero la generalización de insensibilizada civilidad. La contención de la atención a través de una memoria oficializada provoca una mistificación, establece un lugar para ver con la ilusión de así conformar una comunidad. Oscurecida, fantasmagórica, la piel conserva sus capilares nerviosos. La memoria absorbe, invisibiliza, puede convertirse en una trampa. Con atención se la interpela, disociando sus propósitos de sus consecuencias, asociando sus puntuaciones, certezas y cegueras, su tecnología y potencia expresiva y manipuladora, sus sombras y matices. Atención, virtud y condena del recordar.

Memoria, control de la atención a través de formas de linealidad, retóricas solemnes, mitologías y caricaturas. La memoria social, nombre de una fantasmagoría o una imposición. Restitución ficticia, agente identitario, artificio de regulación, de vacío y contención, imagen fija, tatuaje donde hay piel, cicatriz en la herida, tambor y circo. La dispersión es el aire que respira la atención. Máquinas que la reclaman, la codician, la toman. Bajo el predominio de la cultura experimental –que se vale de la tecnología testimonial– se testea el control de la atención. Atracción y distracción, entretenimiento sin silencio que deje alcanzar las resonancias, las voces, los sonidos, las agitaciones y los matices, sin que deje producir una imagen de lo que vemos.

GEOGRAFÍA. FENOMENOLOGÍA DEL PAISAJE

“El tiempo parece transcurrir. El mundo sucede, se desdobra en instantes sucesivos, y uno se detiene a contemplar a una araña aplastada contra su tela”

Don DeLillo, *Body Art*

La cultura de la memoria, al filo del dogma que desatiende la singularidad del presente y la vela. Estructura de remisión, ausencia que ella representa, ideología impotente, control y reducción de las dimensiones de la existencia social a la relación que mantienen con lo desaparecido. Si no la atención, pérdida, vacío y silencio que no es sentir ausencia sino testimonio de una gran fatiga.

El archivo de los datos y la impunidad, la ausencia de revisión de responsabilidades personales y colectivas. Tras una sensibilidad otra, experimentar –pensar es experimentar, ir hacia un límite.

La memoria, en la tradición secularizada de un paradigma religioso, oratoria más que oración, normalización en el espacio de su configuración. Memoria instituida sobre restos que persisten inhallables, huellas de lo inefable que el lenguaje indexa. Testimoniar, y repetir el testimonio, declarar y declamar, una y otra vez los juicios en cada juicio, esperar sentencias, en ellas, en los textos de los receptores se traza la condición de víctima y se declara institucionalmente lo ocurrido. Testimoniar, para el reconocimiento.

La Iglesia católica, en un documento sobre la Shoá (Vaticano, 16 de marzo de 1998), dice que “demasiados hombres continuaban siendo víctimas de sus propios hermanos”. Demasiado tardó en reconocer lo sucedido, demasiado poco dijo para reconocer su responsabilidad y la referencia a las víctimas como demasiadas presupone la idea de una cantidad menor que sí resultaría razonable. Y demasiado silencio eclesiástico sobre el papel que ha cumplido la religión en los grandes exterminios.

Cuando todo se vacía, la vacuidad de las palabras. La poética china distingue entre palabras plenas (sustantivos y verbos) y palabras vacías (pronombres, adverbios, preposiciones, conjunciones). El poeta prescinde de estas últimas para mostrar el vacío. La ausencia de enlaces y complementos, principio de composición, arquitectura sin reglas semánticas.

Acción intencional, acción con arreglo a una descripción. Una mitad de lo que hacemos cada día es habitual, realizado casi sin pensar, en el mismo lugar y la misma hora, a cada hora. Hábitos formados cuando la memoria asoció acciones específicas a lugares o estados de ánimo específicos, hábitos fabricados, normatividad, imposición de patrones. Cuando lo imprevisto se torna necesario.

Inefable, como misterio, la música da que hablar, interminable, infinita sucesión del decir acerca de una inexpresable positividad. La muerte en cambio, queda impenetrable, mantiene en su negatividad una infranqueable mudez. Reducidos a una expresión inexpresiva.

Un modo de entender el mundo emparentado, bajo una concordia musical que uniría el alma del universo, los cuerpos en armonía, la simetría en consonancias y disonancias y la irrupción de una asimetría como diferencia indeterminada, metamorfosis de la regla y alteración de la secuencia. No implica primado de la imaginación respecto a la *hyle*, no implica un modo de ser consigo mismo. El reconocimiento, entre el amor, la amistad, la cercanía y el compromiso afectivo y el derecho, que separa lo mío y lo tuyo, traza relaciones contractuales, deniega reconocimientos y manipula la fuerza de la vergüenza. No alejarse, la patria no está en el porvenir, no está, todo es como es, un gran vidrio quebrado, exceso de sentido.

“Tras cada hombre viviente se encuentran treinta fantasmas, pues tal es la proporción numérica con que los muertos superan a los vivos. Desde el alba de los tiempos, aproximadamente cien mil millones de seres

humanos han transitado por el planeta Tierra. Y es en verdad un número interesante, pues por curiosa coincidencia hay aproximadamente cien mil millones de estrellas en nuestro universo local, la Vía Láctea. Así, por cada hombre que ha vivido, luce una estrella en ese universo”
Arthur Clarke y Stanley Kubrick, *Prólogo a 2001. Una odisea espacial*

La ideología de los derechos humanos carga con varios escepticismos. Uno derivado del hecho de la persistencia de opresiones, que son también trasfondos de su surgimiento. Otro de su flaqueza teórica, de la endeble manera de puntuar y usar cuestiones como qué es el hombre y qué es la humanidad, respondidas a partir de visiones cambiantes. Un tercero consiste en la imposición externa de soluciones. Idolatría y etiqueta que participa de la construcción de la igualdad y que nunca acaba de empezar ni se concluye.

El interés por el pasado, un rayo que se descarga, una luz que viene de atrás, con el sonido del que sintió y oyó, que es testigo que habla y convierte a sus espectadores en testigos. La atención, en cambio, es un sismógrafo del presente. El budismo tibetano presenta cuatro puertas que conducen a la libertad; la primera dice olvida el pasado, una ciudad dejada atrás, no aferrarse a aquello sucedido; la segunda predica una inmersión en el presente, como forma de amor a la vida; la tercera promueve el abandono del sentido del yo; y la cuarta llama a despojarse de toda idea de futuro. Traducir la gravedad del universo en la pequeñez de la experiencia, su desamparo en el desierto donde, fantasmagórica, la atención es una oscilación en el salvajismo de la repetición. Sobre esas oscilaciones, violaciones diminutas de la simetría, asomos a la penumbra, mirada infantil, sensibilidad múltiple.

La opresión como memoria, el recuerdo impuesto como un continuo apilar piedras. El duelo imposible borrona el tiempo, provoca una destrucción cotidiana, vacía la experiencia, preserva la desatención.

En el comienzo de su *Metafísica*, Aristóteles señala que “los animales reciben de la naturaleza la facultad de conocer por los sentidos. Pero este conocimiento en unos no produce la memoria; al paso que en otros la produce”. En la conjunción de atención y memoria se ubica la posibilidad de aprender; también la de aprender a no sentir y olvidar. La experiencia también proviene de la memoria, ya que los recuerdos llegan a producirla, y la experiencia, en ese sentido, se asemeja a la ciencia y el arte.

*“Mi ciencia procede
de los que desentierran papas,
de la oscuridad de la pocilga de los cerdos
aprendí el cielo y la tierra,
en la caída de las manzanas en octubre soy
mi salmo que no cesa”*
Thomas Bernhard

La revolución que acumula fracasos y miserias, esperanzas y simpatías, halla sobre todo el entusiasmo de los espectadores (que no están comprometidos en el juego), público que observaba los acontecimientos desde fuera sin albergar la menor intención de participar activamente en ellos. La importancia residiría en el observador, en la opinión desinteresada del espectador opuesta a la opinión parcial carente de crítica. El espectador, que no está implicado, puede reconocer lo que al actor le permanece oculto y desborda el interés del actor, el cual depende de la opinión de los espectadores y se conduce conforme las expectativas de ellos. Si el juicio del actor carece, entonces, de autonomía, la norma sería dada por el espectador. La supremacía del modo de vida del espectador, contemplativa, buscadora de verdades, pondría los acontecimientos ante el tribunal de la razón. Esta filosofía kantiana que hace del aplauso un criterio de legitimidad, despierta el entusiasmo de Hanna Arendt (véase su *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*).

La nostalgia de una comunidad intensa, de una imagen fusional, en la comparsa de los espectadores. Una comunidad con los que no escriben ni leen, no litigan ni protestan, no actúan para los espectadores, quienes recurren a calamidades y desgracias, al tranquilizador punto de vista de la necesidad, al argumento indolente y al ejercicio de la indiferencia desinteresada que deja seguir asistiendo al fascismo del espectáculo que promete seguridad y diversión.

“Indiferencia y crimen ¿son lo mismo?”

Marek Edelman

Expuestos a la desnudez, impedidos de higienizarse, expuestos a las heces, al heavy metal convertido en tenaza para los tímpanos y los nervios, la tortura en los límites del cuerpo. Distanciamiento primero, abandono y exterminio. En el espectáculo bajo la manipulación de la vergüenza y la militancia en la indiferencia, los espectadores no reconocen la humanidad del gesto. No hallan signo ni alegoría o acción significativa, tal vez sólo algún amante o resistente, pero son más quienes concentran la atención en otro espacio. Reificados por la civilización, sumados a la acumulación de cosas, reducidos a la inmediatez de la presencia sensible, comprimidos y embalsamados, petrificados. Y el testimonio alcanza el límite de la impotencia de decir y la posibilidad de hablar. Mirar y cuidar, recordar la necesidad de contacto, de acariciar y dar, no sólo constituir al testigo como tal a partir de la recepción que hacen los espectadores/jueces de su testimonio.

Juzgar, y la justicia transicional es retroactiva, impura, excepcional, especialmente indeterminada, pero promueve la deliberación pública –el kantiano juicio de los espectadores imparciales– y la indagación de la responsabilidad personal, genera cierta conciencia colectiva y constituye una forma de reivindicación de las víctimas, en general basada en el castigo –se puede castigar lo que no se puede perdonar; además, a veces despierta la sensibilidad al poner al descubierto la administración de cuerpos para la muerte, despierta la impugnación de la filosofía por idealista totalitaria, por ideología de la guerra, por el humanismo que para realizarse se transforma en violencia. Juzgar y aprender que el alba del bien hace correr sangre, dejar correr la imprecisión y la ambigüedad en la memoria colectiva y evitar la reificación– la memoria, como comunicación, no está afuera de la sociedad; los recuerdos, como los pensamientos, compiten en el mercado, devienen mercancías que se estatizan y mercantilizan, se reducen a entretenimiento y mueren en la unidimensionalidad. Aun en la vida dañada se vive en el recuerdo, se lo consume y ordena.

DIBUJO. ESTÉTICA DE LA MEMORIA

*“En el confesionario se os mete,
bajo los testículos el virus,
el salmo agriado
gotea sobre vosotros insistentemente
con los frutos caídos
de los hijos de vuestros hijos”*

Thomas Bernhard

Es ilusión que no hay nada que no tenga compensación en otra cosa, tanto como que la justicia sea simetría y el castigo la respuesta adecuada. A diferencia de la venganza, la decisión de la administración judicial es una imposición asimétrica. Y el castigo, entonces, pierde sentido si se limita a imponer una venganza.

Una nación, olvido en común. En él, la ruina deviene en un modo del aparecer y en el museo quedan, con el paso del tiempo, los tachados, la comunidad de los que no tienen comunidad. El ataque a la fetidez, al cáncer, a la impureza, esa empresa moderna impulsó eventos que han destruido la estabilidad de la comprensión del mundo y de las personas. Hiperbólicas aniquilaciones

emblematizadas en la Shoá, horrores apocalípticos y comprensiones metafísicas, narrativas especulativas desconectadas de la historia, uno y otro montaje de la absolutización. Al corazón de un círculo concéntrico, matrioshkas de efectos hacia los afectos y gestos locales: Izkor, oración de recordación de los muertos, de los pueblitos, de los primeros besos, nostalgia bajo la vida dañada.

Las reglas presentan indeterminaciones parciales, muestran contradicciones performativas, se escinden de la sensibilidad de las víctimas y los espectadores –la ciudadanía mediática cuya relevancia en el desierto moderno fue advertida por Kant.

El derecho al acceso a la justicia para que se esclarezcan hechos del pasado se proyecta sobre la dimensión pública de la memoria. Y brinda el espectáculo del uso de las reglas y la exigencia de su extensión por parte de víctimas de otro terrorismo, no del Estado sino de las organizaciones guerrilleras, y aun de parte de victimarios. En el marco del genocidio de Ruanda murieron nueve españoles y por ese caso un juez español ordenó la detención de cuarenta jefes del Front Patriotique Rwandais (FPR), impulsores de la lucha armada contra el régimen genocida; en la resolución no se menciona al genocidio de los tutsis y se presenta al FPR como organización terrorista cuyo único objetivo sería exterminar a los hutus. Un montaje de testimonios de miembros del antiguo régimen ruandés incrimina a militantes del FPR: los autores y partidarios del genocidio de 1994 están usando la justicia, según la denuncia Jean Damascène Bizimana, jurista y profesor ruandés (diario *El País*, 24 de mayo de 2008).

Bajo la forma de nuestra civilización, el progreso y el conformismo insaciable de tecnología y entretenimiento, la simetría como reciprocidad se carga de carencia de sensibilidad. Entre desprecios, manipulaciones, consolaciones, limosnas, subsidios e indemnizaciones, ¿qué gestos se tendrán que inventar? La marcha con la letanía de la amargura y la mística de la indiferencia y la dimisión, a los pasos de las políticas públicas de la memoria cada tanto una expresión vindicativa. Siguen las mascotas, las casas, los objetos, siguen la existencia de un sentir sin cansancio. Y repiten que el recuerdo es la medida del vivir, toman té y miran fotos, pasan revista, la mirada familiar, la identidad heredada, la narración transmitida, o la revista militar de la jerarquía de repeticiones impuesta por los aparatos ideológicos de comunicación, y se detienen en los matices de las imágenes. No se los puede dibujar. La forma, la expresión, el parpadeo quedaron capturados. El respiro aliviado llega con la imagen, pasa el tiempo sin la incertidumbre de lo borroneado, mientras el declive cumple su tarea.

Esa fotografía de la perturbación, el montaje de sobrevivientes que, décadas después, vuelven a encontrarse con sus seres queridos desaparecidos, no multiplica la ausencia ni la extiende por los espacios y los tiempos: esa mudez la grita.

La memoria, el develamiento del lado más oculto del pasado, el de los olvidados, abre heridas, parece no resolver problemas, pero ayuda a mantener la atención. Las hojas en la tormenta, condenas e implicaciones, historia y reconstrucción de la memoria, actos institucionales, saberes críticos y relaciones afectivas con el pasado no tienen fronteras precisas, hay espectros, fantasmas que se objetivizan, futuros del pasado que se evaporan, cuentos que no cuentan, álbum con blancos que son oscuros. Desconfiar de las imágenes, aun de las del decir, también superficiales y espaciales. Atender las huellas, respirar lo irrespirable, sentir, soportar, aprehender, sin despilfarro de citas y economías de reconocimientos, sin carreras y retribuciones, arrojar y esperar, permanecer aun cuando los remedios se vuelven inoperantes, en la melancolía olvidar y memorizar, atender en la noche del alma, cuando las verdades diurnas desaparecen, de cara al vacío, la nostalgia, la apatía. Indiferencia, ironía sin exterior, noche de la sensibilidad que causa terror y lo llama seguridad. Vértigo de una temporada en el infierno, peor y normal devenir siniestro. Eso que pasa, eso algo, su presencia después, cómo es posible el infigurable después. Había tierra en ellos y cavaban, sólo oían eso, y lo testimonian. El decir que se torna testimonio no es un yo ni una memoria, es tecnología literaria, también jurídica y científica que habla en nombre de la incapacidad de decir. El testigo habla, más que del sobreviviente, del espacio de desaparición. Testimonio, herencia, testamento, también experiencia, test, experimento. Filtra las siluetas, integra el trazado de una forma vacía de un cuerpo, se repite y difunde. (Forma del cuerpo a escala natural sobre papel, repetidos y pegados

por la ciudad de Buenos Aires durante el inicio de la segunda Marcha de la Resistencia de las Madres de Plaza de Mayo –21 de septiembre de 1983– bautizada como “Siluetazo”, concebida por Rodolfo Aguerreberry, Julio Flores y Guillermo Kexel y desarrollada por los organismos de derechos humanos en el ocaso de la dictadura militar. Treinta mil siluetas. Un manifestante, “el loco de los corazones”, decoraba, en la noche de esa resistencia, con témpera roja el pecho de cada dibujo: un corazón. Los artistas argentinos se inspiraron en la obra del polaco Jerzy Skapski, descrita en el número de octubre de 1978 del *Correo de la UNESCO*: veinticuatro hileras de peque nas personas acompañadas de la leyenda “Cada día en Auschwitz morían 2370 personas, justo el número de figuras que aquí se reproducen. El campo de concentración funcionó durante 1688 días, y ese es exactamente el número de ejemplares que se han impreso de este cartel. En total perecieron en el campo unos cuatro millones de seres humanos”. Caminar, y hay cuerpos imperceptibles que sostienen la marcha; en una baldosa se inscribe esa ausencia, el día y el nombre de la desaparición; seguir el camino en el espacio secular. Chocar con debates ridículos sobre la publicidad de los juicios y los modos de la fijación de la memoria histórica, microcosmos que amparan la discrecionalidad alegando impedirlos, alegatos que se oyen en las calles, pañuelos que no pueden usarse, absurdos que parecen fr vulos al lado de los modos de concebir los principios de legalidad, irretroactividad de las normas penales y cosa juzgada. Aparición de apariencias en atmósferas que repelen.

La austeridad de su frivolidad legitima a veces el arte, más que su fascinación. ESMA, centro artístico. Ceniza en la boca, la presencia que puede traer el hábito fumar cuando se altera el modo de percibirlo. *Katyn*, la película de Andrzej Wajda sobre el exterminio soviético de miles de oficiales polacos durante la primavera de 1940, resistida por las autoridades rusas que se niegan a distribuirla.

El sobreviviente de la desaparición, testigo también de roces de víctimas con victimarios, testigos de la traición. José Baravalle, acusado de colaboracionista –al jefe de policía de Rosario le habría aportado datos y participado de sesiones de tortura–, en septiembre de 2008, cuando Interpol lo iba a detener en base al juicio que se le seguía por esas imputaciones, se suicidó. Antes de tirarse al vacío en el que estaba sumido, escribió: “Es tremendo pasar de ser víctima a verdugo”. Su culpa, única, alegó, fue no resistir a la tortura. “Espero ser la última víctima de tanta barbarie”. Más colaboradores, más ideólogos, funcionarios y juristas, muchos más sin que la mala conciencia y las demandas institucionales los persigan.

Reificaci n, se mata para mostrarlo –antes la cámara era denuncia, hoy exhibición. El pensamiento tira del pensamiento, vuela al viento sin alcanzar un develamiento, sin comprender del todo cómo lo que permanece oculto integra la comprensión.

La memoria es el gran criterio del arte. *El arte es una mnemotécnica de lo bello*, afirmaba Baudelaire. La percepción estética tiene sensación de la forma, la experimenta intensamente. Una imagen nos mantiene cautivos, fascinados. Una imagen falta, un vacío, una carencia irremediable. Retrato significa traer a la memoria, participa en la fijación de una identidad.

La formación del recuerdo es contemporánea a la percepción. El pensamiento depende de la memoria. La fijación de categorías, reglas, clasificaciones, la fijación de criterios, identidad. La identidad es imposición, imposición problemática, cruel, hasta trágica. Y la memoria es uno de sus hilos. La identidad es también determinación. Cuando a partir de la apropiación ilegal de una persona menor de edad se ha construido un relato que excluye ese delito y la desaparición de los progenitores, el uso de la biología genética permite constatar la filiación biológica, cuyo respeto tiene una importancia política y personal evidente. La identidad acaso pueda resultar de la autonomía.

Búsqueda del retorno, la misma odisea une a Ulises y James Bond con Primo Levi y las Abuelas de Plaza de Mayo. No hay retorno de la tortura, no hay símil literario, es el límite infranqueable de cualquier analogía entre el dolor padecido y la narración.

Un cuidado en el lenguaje, un cuidado nuevo, no un nuevo lenguaje, que atienda la sustracción, lo que se vela, el desfallecimiento de la experiencia, la sensibilidad técnica, la

fugacidad del tiempo. Las rocas, transparentes, duras, pierden su memoria; hay una amnesia mineral. En el lenguaje, acumulación y sustracción, las palabras como rocas. Vómito de palabras, palabras físicas, un lenguaje de escombros e hilos rotos.

Cierta asimetría hay en la atención y la memoria. Nada está a salvo del olvido, ni aquello que es objeto de obsesivo recuerdo, menos aún los recuerdos rutinarios –la memoria sepultada por momentos conmemorativos instituidos, acciones que fortalecen aquello que se quiere cambiar, bloquean y cultivan la indiferencia. Auschwitz, paradigma de la memoria, formó parte de un proyecto fundado en el olvido.

Ante el presentismo, el espejismo del presente en el pasado, la propaganda política y la fabricación estatal de ficciones, distancia crítica. El esfuerzo de mantener la memoria puede ejercer una presión moral sobre la política y la moralización de la política incide en la producción de regímenes totalitarios. Atender, sondear límites, resistir. ¿Acaso la resistencia pueda estar del lado de la teoría? Comenzar en la experiencia, conservarla en la memoria, alterarla con la imaginación, que de la pasividad sensible derivó en cemento del universo –semejanza, contigüidad y causalidad, enseñó la filosofía empirista moderna, unen entre sí los átomos del universo, conectan personas con personas o cosas externas a nosotros– y en la negación del mundo –felicidad de la búsqueda en la que interviene el entendimiento. Conocer, aunque no podamos comprender, pero centrarse en la atención.

El recuerdo de algo que no fue, la utopía bajo el prisma de la melancolía, el signo de la pérdida. Una huella queda de lo desaparecido, la esperanza. Para la felicidad, indiferencia. Para la comunidad, indiferencia, lazo que iguala –igualdad en la indiferencia.

Sólo por mediación de la experiencia externa una persona puede volverse empíricamente conciente de sí misma, volviéndose una entre otros. Hasta que punto todo se ha hecho uno lo muestra la organización sensible de la comunidad, que ya no es ideología sino propaganda. Los modos de vivir, sentir y pensar el tiempo se han uniformizado.

Reconocer que el ser humano que desata la tortura, la desaparición y el asesinato no está sólo en el bando contrario ni presenta una naturaleza excepcional. Los Aliados, que carecieron de iniciativas para liberar los campos de concentración, bombardearon poblaciones civiles alemanas; además, no sólo los nazis fueron antisemitas.

Paciencia, no resignación, madurar como el árbol, extender las raíces y hallar el agua sumergida, tareas de la memoria. Otras formas, compromisos institucionales, cristalizaciones subsidiadas del “deber de memoria”: *Memory Studies, Holocausto Studies, Desaparecidos Studies*.

La memoria puede no ser la luz, sino la oscuridad visible, lo perdido, aquello que hace comenzar a la filosofía y sentir la eficacia de los sinsentidos. Oculta tu vida, aconsejaba Epicuro, por eso entre el recuerdo y la realidad se traza un espacio asimétrico.

No oculta, se incrementa la violencia expresiva, también la violencia utilitaria. Se incrementan los tormentos, tan asociados a la visión cristiana del infierno. Los derechos, mientras tanto, máscara de la tácita aceptación de lo inhumano. El silencio como derecho al silencio –el silencio de los imputados, los pactos de silencio de los victimarios, porque no se puede hablar sin más de “el silencio” sin convertirlo en alegoría, como poco sentido tiene la referencia vacía al testimonio en relatos que lo hacen fábula. Está la violencia. Escucha las noches.

Los bordes pisados por el tiempo. Del tiempo de la víctima a la era de los testigos. Testimonio, sólo testimonio de sí mismo, de contactos. Escuchar el testimonio, hacerlo testimonio, experiencia y no espectáculo –el espectáculo no genera responsabilidad. La era del testigo, para algunos abierta por la recepción, hace medio siglo, de aquellas fotos de personas menores de edad desnutridas en Biafra, testimonio que generó compasión. El boom del testimonio: el entretenimiento todo lo absorbe, todo alimenta a la cadena de producción de mercancías.

En la cesura, en su murmullo, alicaído o agitado, el testimonio expone la vacilación de la lectura, la frontera de legibilidad del mundo experimentado, documenta lo no soñado ni imaginado, muestra su materialidad, su modo de adherencia con un abismo sin fin, que lleva a rozar lo

indecible en el lenguaje, la sacralidad en ese silencio grave. Es un archivo vivo, documento histórico encarnado, expuesto a la musealización.

Una píldora para olvidarse lo desagradable, su nombre es ZIP e inhibe la enzima cerebral PKM zeta. Entornos íntimos, y evitar Disneylandia en los “espacios de la memoria”. Evitar creer que ver cambia la sensibilidad. Mostrar imágenes, fotos de la tortura, exhibir la valija del exterminado, sus zapatos, agregar relatos del horror. ¿Qué mostrar, cómo representar es la cuestión? Pero mostrar no garantiza una mutación de la piel, una alteración de la sensibilidad.

Seguir, tirar el hilo que vincula la culpa individual con la responsabilidad colectiva, que distribuye responsabilidades que aguardan su incorporación. Sin cuerpo, sólo análisis, gesto fútil, languideciente y desenfocado, sin capacidad de provocar intranquilidad. El viaje no llega a ningún lado, no acaba. Salvo en la quietud que se siente en la juventud, bajo esa vigilancia, un experimentar renovado.

La judicialización de la memoria, el depósito de todo en el Derecho hasta convertirlo en algoritmo de la memoria, en función que representa el pasado colectivo pero condensa la miseria de la experiencia presente del pasado. Leyes que instituyen versiones oficiales de la historia, como la ley francesa del año 2006 que sanciona penalmente la negación del genocidio armenio, parecen dar a entender que la ley escribe la historia, ¿o se trata, mejor, de impedir que se niegue la historia, y se impone una sanción como se penaliza el insulto y la difamación? Noam Chomsky defendió la libertad de expresión de Robert Faurisson, un conocido negacionista del Holocausto. Las opiniones de desaprobación y desprecio, de cuestionamiento y aun de negación, ponen en tensión la libertad de expresión. Y esa tensión debe producir pensamientos, argumentos, pruebas y también desprecios y rechazos, ¿pero sanciones? Aborrecerlas, pero que se continúen escribiendo, ya que no hay censura democrática.

¿Acaso pueda ser mayor la sensibilidad moderna a la de otras épocas? Tal vez se sufra más por menos, sin que se sienta la comunidad del dolor. Ascetismo, para sentir lo intenso.

La política en la sociedad del espectáculo es básicamente kitsch, y este rasgo resulta funcional, más que a la mala conciencia colectiva, a la indiferencia compartida que lava culpas imperceptibles y deja todo igual. La permisión débil, implícita de la indiferencia completa las lagunas de la política; el derecho lo convalida. Indiferencia como humillación, nihilización del otro. Eso crece brumoso, frío del nihilismo.

La Shoá, como paradigma de la memoria occidental, ha incido para concebir a los muertos como víctimas, víctimas sacralizadas. Cuando una víctima ha sido un combatiente, la aclaración se convierte en agregado. De ese paradigma se deriva una mutación en el régimen institucional de la memoria. Las escuelas y los manuales, las conmemoraciones y la fechas patrias suman a las batallas y victorias, crímenes; a la nómina de héroes combatientes, víctimas y testigos (Enzo Traverso así lo reconoce).

La información digitalizada es, por lo menos, tres millones de veces más que la de todos los libros escritos, más que lo guardado en cinco mil años anteriores. Olvidarla, prescindir de la inmensa mayoría de ese océano informativo, ser indiferente a la mayor parte de ese universo, reducir su complejidad, es la manera de seguir produciendo información. La dispersión afecta la atención.

Sin *point de capiton*, a la verdad se la busca en el lado del no-olvido, pero la memoria arroja sus restos a la caducidad del tiempo. Tal vez no sólo lo que no deja de hacer daño permanezca en la memoria, y también el trauma puede producir bloqueos, represiones.

“La culpa no puede superarse, sólo puede reconocerse”
Jacob Taubes, *Del culto a la cultura*

El esencialismo ocupó todos los campos de la filosofía institucional de la Argentina dictatorial. Se trató de una metafísica que legitimó el estado de excepción. Como los jueces de la Corte Suprema (por ejemplo, en el fallo Ercoli, María Cristina), se afirmaba que “frente a la

guerrilla subversiva” se justifica el “momento excepcional” que vivía el país, y que la suspensión del derecho “no puede reputarse arbitraria ni irrazonable”. La desaparición no necesitó cubrir estatuas.

La filosofía analítica dominante desde 1983 en la democracia formal argentina en ámbitos académicos, jurídicos, lógicos y epistemológicos, introdujo, entre otras cosas, un afán de regulación de la excepción, que abrió nuevas formas de excepcionalidad. La justicia no impuso límites claros y la deliberación social cada tanto se expresó con cacerolas o piquetes.

Ernesto Sábato supo desde el principio cómo debía ser escrito el informe de la CONADEP. Promovió que el informe fuese vívido e incluyera testimonios, fotografías y descripciones de casos ejemplares, que su estilo se hallase despojado de adjetivaciones, buscando la contundencia del libro junto a su objetividad, para que adquiriera una potencia narrativa singular, fundando en el estilo su verosimilitud y su posibilidad de alcanzar una recepción masiva (CONADEP, actas 15, del 13 de marzo de 1984, y 37, del 13 de agosto de 1984). Es importante atender los aspectos narrativos, cómo se conciben los lectores y qué pruebas y elementos persuasivos, como fotografías, se le presentan.

Agujereado por el presente, el pasado se hace más intenso y se proyecta. Se archivan imágenes que no se vuelven a ver, como conjuro a la repetición que se sucede. Un millón y medio de imágenes documentan los horrores del nazismo, por la pulsión documental alemana y de los aliados tras la liberación. (Alain Resnais fue partidario de su uso en el cine, mientras que Claude Lanzmann se negó a disponer de las imágenes de archivo, por carecer de imaginación y clausurar la interpretación, mostrando testimonios en sucesión y reiteración sin exhibir ningún cadáver, dejando la elocuencia de las huellas visuales del pasado, el rostro, el paisaje actual).

Relieves y contrastes, la atención a la historia, el latoso acento escolar de la democracia argentina, la búsqueda fallida de perturbación en el arte, el tono de reivindicación del derecho –y cuando ese tono es adoptado, es porque la fuerza no está muy lejos tras él, pensaba Simone Weil, ya que de lo contrario resultaría ridículo.

No importa tanto si la invocación del derecho encierra una guerra latente –y la selección de la población carcelaria así como el sinsentido de penas que concluyen en el acto de infligir el mal, lo hacen verosímil, ya que la justicia penal se ha convertido en un crimen y estigmatiza, castiga con el ocultamiento, a personas como irredimibles–, sí, en cambio, la debilidad del grito de la sensibilidad, la fragilidad del espíritu de resistencia y sublevación, la indiferencia a los alaridos del fondo de las entrañas de los oprimidos. Tal vez las palabras del derecho no le hacen justicia a ese sordo alarido que irrumpe y persiste rodeado de silencio. El reclamo de atención de desgracia en el ocaso de la fraternidad.

La atención como acontecimiento fija lo real, le echa raíces para la memoria. No es una orden –la orden es más antigua que el lenguaje, como lo recuerda Elías Canetti en *Masa y poder*, por eso se puede adiestrar a los perros–, que como una flecha se clava en el receptor. Sin embargo, Kafka mostró cómo la atención queda reducida a la espera de órdenes.

El populismo penal desata la fuerza de la vergüenza, estigmatiza, escarcha; es capaz de hacerlo sin contención, ya que la víctima genera una perspectiva que es vindicativa. Nihilismos del resentimiento, el fascismo de derecha e izquierda la fomentan. En la construcción de lo repulsivo –lo judío, lo enfermo, el terrorista, el subversivo, el nihilista, el anormal– se invoca la ofensa a los sentidos, se etiqueta a la otredad –si es que lo fuera– como sucia, pegajosa, viscosa, contaminante; se le impone vergüenza, tormento y vacío legitimado. Se trata de una construcción estética que manipula la fuerza de la vergüenza y engendra un silencio que es repliegue e inhibición (Vincent de Gaulejac, en *Las fuentes de la vergüenza*, señala que se genera silencio de los deportados, de los desocupados, de los soldados que vuelven de una guerra, de los niños que ven a sus padres humillados, de las personas golpeadas o violadas). Silencio y disimulo, ya que lo que aparece en la vergüenza es la imposibilidad de fugarse para esconderse adentro de sí mismo; vergüenza ontológica que confronta con lo inhumano.

“La vergüenza no revela nuestra nada, sino la totalidad de nuestra existencia”
Emmanuel Lévinas, *De la evasión*

Primo Levi advirtió acerca de la vergüenza que el justo experimenta ante la falta del otro. El sartreano reconocerse como el degradado que soy para el otro, en cambio, señala la humillación. Instalada la vergüenza, se vuelve inhibición, impulso a desaparecer, a perder la imagen. Internalizada o reactiva, se torna ausencia de reciprocidad, desprecio, indiferencia, invalidación, escotomización. En cambio, bajo la compasión puede originarse identificación, una vergüenza que une, pero domina una fatiga de compasión que hace borrosa la percepción.

Al espíritu le repugna la repetición, pensaba Paul Valéry, sin embargo ella domina la existencia humana. Cotidianeidad, arte y ciencia, política, derecho y moral, trabajo y mercado, máquinas triviales, reiterativas. Excepcionalmente las piernas expulsan, el lenguaje adquiere materialidad, el silencio muestra al cuerpo sintiendo.

El hechizo de las palabras, la experiencia ilegible hecha imagen, textos de cavernas, testimonios que suman matrices de percepción, rodean lo imperceptible, el silencio que acompaña la aniquilación. Pero aun así, movilizand o emociones, la fosilización de memoria, el congelamiento de la sensibilidad se extiende. Las imágenes se vuelven menos reales, repetidas. No basta ver, no basta la observación pasiva, no bastan las imágenes, sin embargo la estética de la memoria tiene una relevancia oculta en las apelaciones a éticas.